

Sobre un congreso de poetas en el «Valle de León»

En algunos escaparates turísticos de nuestra ciudad se despliega de vez en cuando un anuncio de excursión a Chaves, villa portuguesa, casi fronteriza, que premia con el encanto de sus ferias a unos leoneses capaces de madrugar más que el gallo de San Isidoro. Es casi nuestra única relación con una nación tan vecina. Modestamente, yo no he dejado de lamentarme de esa innecesaria distancia, tanto con mi vida como en mi obra.

¡Qué bien huele Portugal!

El aire de sus pinares

llega hasta Ciudad Rodrigo

... Toda la raya rayana

me huele a amores antiguos.

Una vocación así, tenía que avivarse con la ocasión reunidora que unos poetas vecinos inventaron, quizá en sus tertulias cafetiles, acaso en sus paseos saudosos. Y para colmo, la cita era en el «valle de León», como si todo quisiera hacerse fraterno.

* * *

Un cartel producido en Portugal, y con buen arte, anduvo anunciando por esos mundos el «I Encontro Luso Espanhol de Poesía». Conviene atender a la denominación fielmente entrecomillada, porque, ella, o sea su repudio tan inesperado como brusco, será el motivo -un poco infausto, lo digo ya- de esta crónica en el regreso. El cartel era claro y emblemático. Su espacio se reparte equitativamente entre un motivo arrancado del Guernica y una estampa como persona pessoana, donde un poeta anónimo aparece frente a la cuartilla virginal, con pluma que no bolígrafo, con puños de camisa muy blanca como suele ver uno en Lisboa o Coimbra, y cigarrillo y taza de café humeante de lejanos aromas ultramarinos. Mas la tipografía proclamadora y ancha -repetiré-: «I Encontro Luso Espanhol de Poesía. Vale de Laao/Vais/Buarcos/Figueira da Foz.»

Sucedió que para algunos oídos, debió de desafinar lo de Español. Que el nombre y el concepto de España destruían la sedeña armonía de la convocatoria, y para restablecerla no iban a faltar iniciativas enmendantes y diligentes. No fueron voces portuguesas, por supuesto, siempre impecables en la hospitalidad. Fueron voces del lado de acá de la raya. Bajo el impulso de severos, admonitorios telegramas, empezó a alzarse bandera contra la denominación del Congreso. A propósito de banderas: La constitucional del Reino de España y la de la República de Portugal estaban presidiendo el acto.

Conviene advertir en seguida que toda la filosofía y el desarrollo pragmático del Encuentro contemplaban el respeto y la aceptación de nuestra pluralidad cultural y lingüística. La poesía de España comprendió siempre, para los organizadores portugueses, a la poesía catalana (vinieron personalmente, cortésmente a invitar a los poetas); a la poesía de los vascos; a los próximos poetas gallegos, amadrinados, valga la expresión, por una ilustre catedrática de Salamanca; a la poesía en castellano. Era, pues, posible el tratamiento de los problemas específicos de cada autonomía poética, programada estaba la lectura de poemas en sus lenguas originales...

Pues ni por esas. Ciertos suspicaces lletraferits (como se llaman en Cataluña) no se sentían representados con el nombre de España, los portugueses mirándonos con sus ojos asombrados (y a lo mejor compasivos), una votación apresurada, que si ibéricos, que si peninsulares. Ni siquiera se esperó a una futura convocatoria. A «l Encuentro de Poesía Peninsular», hubo que cambiar. (¿Y los poetas insulares, tantos y tan importantes, de España y de Portugal?).

* * *

A la mañana siguiente, del auditorio del valle de León había desaparecido la bandera de España, también la de Portugal. Se me ocurrió preguntar y me dijeron que acaso no tenían que estar durante todo el Congreso, que las habrían puesto para realzar la sesión inicial. Desconozco esos ceremoniales. Tampoco puedo saber si fueron repuestas en el acto de la clausura. Yo preferí marchar a Lisboa a encontrarme con la poesía en la calle, para luego volver a entrar con mi documento de ciudadano español en tierra española. La misma tierra en Tuy que si uno cruza por Fuentes de Oñoro o por Irún o por La Junquera.

Antonio PEREIRA